

Una, de la Honorable Senadora señora Carrera, con la que inicia un proyecto de ley que beneficia, por gracia, a don Eduardo Grove Vallejos.

—*Pasa a la Comisión de Asuntos de Gracia.*

Una última, del Honorable Senador señor Jaramillo, con la que inicia un proyecto de ley que modifica la ley sobre Rentas Municipales, en lo relativo a la subdivisión o parcelación de predios.

—*Pasa a la Cámara de Diputados donde debe tener origen.*

El señor ALLENDE (Presidente).— Terminada la Cuenta.

INVASION DE CHECOSLOVAQUIA POR LA UNION SOVIETICA Y OTROS PAISES SOCIALISTAS.

El señor FUENTEALBA. — Solicito de la Mesa recabar el asentimiento de la Sala para que se me concedan algunos minutos a fin de referirme a un problema de importancia, del cual todos hemos tomado conocimiento por medio de los cables noticiosos: la invasión de Checoslovaquia.

El señor ALLENDE (Presidente). — Solicito autorización de la Sala para conceder al Honorable señor Fuentealba los minutos necesarios —podrían ser 10— para referirse a la materia que ha señalado.

El señor VON MÜHLENBROCK.—El Partido Nacional formula igual petición.

El señor FUENTEALBA.—Ocuparé el menor tiempo posible.

La señora CAMPUSANO.—El Partido Comunista también solicita algunos minutos.

El señor BARROS.—Todos los Comités querrán intervenir.

El señor ALLENDE (Presidente). — Indiscutiblemente, como era de prever, la mayoría de los partidos políticos representados en esta Corporación solicitarán tiempo para expresar su pensamiento. Por lo tanto, podría destinarse una hora

para tal efecto y prorrogar el Orden del Día por el mismo lapso. Se pediría a los Comités atenerse a ese plazo.

El señor AGUIRRE DOOLAN. — Podría acordarse 10 minutos por Comité.

El señor VON MÜHLENBROCK. — Perfecto.

El señor ALLENDE (Presidente). — En el caso de que alguno de los Comités ausentes quisiera usar de la palabra, podrá hacerlo de acuerdo con el tiempo que se está proponiendo, es decir 10 minutos por Comité.

El señor MAURAS.—Pido la palabra, señor Presidente.

El señor ALLENDE (Presidente). — Tiene la palabra el Honorable señor Fuentealba.

El señor FUENTEALBA.—Señor Presidente:

No es la primera vez que ocurre en la historia de la humanidad un acontecimiento como aquel del cual nos han informado los cables en el día de hoy, hecho que nos llena de asombro y de pesar: la Unión Soviética y tropas búlgaras, húngaras, polacas y de Alemania Oriental han invadido a la República Socialista Popular de Checoslovaquia. El pretexto ha sido señalado; y de entre los numerosos cables y noticias que nos llegan sobre el particular, vale la pena tal vez que yo lea la información dada en el diario "El Siglo" de hoy, que en su parte final expresa lo siguiente:

"Cerca de las tres de la madrugada otras agencias noticiosas leyeron el siguiente comunicado, que Radio Moscú propaló a los soviéticos:

"La ulterior agravación de la situación en Checoslovaquia afecta los intereses vitales de la URSS y otros países socialistas. En interés de la seguridad de los estados de la comunidad socialista, la decisión estaba totalmente de acuerdo con los derechos de los estados a la autodefensa individual y colectiva prevista en los tratados de la alianza concertados entre los hermanos países socialistas.

"Esta decisión también está de acuerdo

con los vitales intereses de nuestro país en salvaguardar la paz en Europa contra las fuerzas del imperialismo, del militarismo, la agresión y la revancha que han lanzado más de una vez a la guerra a los pueblos de Europa”.

¡He ahí el pretexto y los fundamentos que los países imperialistas suelen dar para justificar agresiones de este tipo contra naciones más débiles!

Sin duda alguna, la invasión llevada a cabo por la Unión Soviética nos recuerda aquella invasión hitleriana a la misma Checoslovaquia hace algunos años.

Pero, ¿de qué se trata? Se trata de un pueblo en el cual, desde hace bastante tiempo, se estaba realizando un proceso llamado de liberalización o democratización. A estas horas se encuentra sojuzgado por el país eje del sector socialista, el cual, en resguardo de sus intereses, pretende impedir que el pueblo checoslovaco realice los cambios que desea hacer e imponerle un régimen político de acuerdo a las ideas e intereses de la propia Unión Soviética.

¿Y qué es esto, sino la consecuencia lógica de una política internacional que nosotros siempre, e invariablemente, hemos condenado y repudiado? Es la política de bloques, que pretende dividir al mundo en grandes sectores de influencias, enemigos unos de otros. Es la política imperialista que todos en esta Corporación hemos rechazado, sin excepción, cuando se ha traducido en actos del imperialismo norteamericano. Espero que también en esta oportunidad condenemos estos hechos, aun cuando provengan del imperialismo soviético, ya que implican la división del mundo en grandes sectores. Es, en fin, el sojuzgamiento de los pueblos a los intereses de los más poderosos y grandes.

Desde que nosotros éramos Falange Nacional y, después, cuando llegamos a ser Democracia Cristiana, hemos mantenido una línea clara a este respecto. Por eso, ayer condenamos enérgicamente a los Estados Unidos cuando invadieron Santo Do-

mingo. Mientras participaba en una conferencia internacional en Ciudad de México, presidiendo la delegación de la CEPAL, me correspondió pronunciar un discurso en el cual condené, abierta, clara y categóricamente, el acto imperialista yanqui recién referido.

Con el mismo fervor, en el día de hoy levantamos nuestra voz para protestar por estos nuevos actos de atropello a la soberanía y dignidad de un pueblo.

Se han violado principios que en la política internacional de Chile han tenido un valor conocido por todos los señores Senadores. En este sentido, nuestro país ha defendido la autodeterminación de los pueblos y el principio de la no intervención. Conforme al primero, cada pueblo es dueño de darse libremente los sistemas de gobierno que estime conveniente. Y, de acuerdo con el segundo, ningún Estado puede intervenir en los asuntos internos de otro. Aquí ha habido una violación flagrante de ambos principios. ¡Y, qué paradoja, señores Senadores! Debo recordarlo: en los años 1965 y 1966, se adoptaron en las Naciones Unidas sendas resoluciones sobre estos principios —el de no intervención y el de autodeterminación— y en el primero de esos años, en 1965, correspondió presentar una ponencia sobre esta materia, precisamente, a la Unión Soviética. En efecto, patrocinó un acuerdo condenatorio respecto de la transgresión de dichos principios. Y cupo a los países latinoamericanos, en especial a la delegación chilena —como le consta al Honorable señor Sepúlveda—, participar de manera muy importante en la elaboración de lo que después se tradujo en la Resolución 2131, en la cual se condena toda intervención foránea de un Estado en asuntos de otros y, además, se reafirma el derecho de los Estados a la autodeterminación. Y, hoy día, es el iniciador de esas resoluciones quien las trasgrede.

No podemos guardar silencio ante violaciones tan flagrantes, como tampoco podemos dejar de señalar los peligros inme-

diatos que ello entraña para el continente latinoamericano.

Todos sabemos cuál es la situación, por ejemplo de la Cuba socialista. . .

El señor SEPULVEDA (Presidente accidental).—Ha terminado el tiempo de Su Señoría.

El señor FUENTEALBA. — ¿Podría prorrogarse por tres o cuatro minutos, señor Presidente?

El señor SEPULVEDA (Presidente accidental).—Si le parece a la Sala, se prorrogaría el tiempo del Comité Demócrata Cristiano en cinco minutos, sin perjuicio del Orden del Día.

Acordado.

Puede continuar Su Señoría.

El señor FUENTEALBA.— Conocemos perfectamente cuál ha sido la situación de la Cuba socialista: el permanente peligro que se ha cernido sobre su Gobierno, los intentos de invasión para derrocar el régimen allí existente. Todos pensábamos —al menos, yo lo creía— que quien podía resguardar la integridad de ese país no era la presencia material de las fuerzas militares, sino la presencia moral de los regímenes socialistas que prestaban su apoyo.

¿Quién nos dice que mañana el imperialismo yanqui no pueda seguir el ejemplo de la Unión Soviética con Checoslovaquia? ¿Con qué autoridad podría levantarse la Unión Soviética a dar su respaldo a la República Socialista de Cuba? ¿Y qué peligro se cierne sobre nuestros pueblos latinoamericanos, concretamente sobre Chile? ¿No puede en el futuro justificarse la intervención foránea so pretexto de que es necesario preservar la democracia o de que determinado régimen no conviene al mundo occidental? ¿No puede, acaso, venir aquí un tutor a erigirse en juez y parte, invadirnos e imponernos los gobiernos que sean de su amaño y de su agrado?

Considero que los hechos sucedidos son extraordinariamente graves. Lo son para la humanidad, porque constituyen el peor peligro para la paz mundial; y lo son para

latinoamérica, permanente defensora de los principios de libre determinación y no intervención. Son graves para Chile, porque en este país, más que en ningún otro, se está realizando un esfuerzo, dentro de los cauces que nuestro régimen constitucional nos permite, para hacer transformaciones profundas, que indudablemente hieren los intereses de los imperialistas, los cuales, en el día de mañana, imitando el ejemplo nefasto de la Unión Soviética, podrían invadirnos y derrocar nuestro Gobierno so pretexto de defender la democracia.

Frente a estos acontecimientos, no podemos expresar nuestra profunda solidaridad con el pueblo de Checoslovaquia. No podemos sino condenar en la forma más enérgica este acto de intervención en un Estado soberano. No podemos sino pedir —siquiera pedir— a los verdugos de hoy, que tengan clemencia con los gobernantes checos, en especial con sus dirigentes máximos, como Dubcek.

Para terminar mis observaciones, quisiera dar lectura a una breve declaración que, en nombre del Partido Demócrata Cristiano, hemos entregado en el día de hoy. Sin embargo, deseo añadir que no hemos venido aquí a ensañarnos en contra de nadie; no hemos venido para aprovecharnos de esta situación y triturar al adversario político que habita con nosotros en esta tierra chilena. Sólo tratamos de hacer una reflexión, de invitar al Senado a protestar por estos hechos y a hacer votos por que ellos nunca tengan lugar en el suelo latinoamericano y jamás sucedan en nuestra patria.

Nuestra declaración dice como sigue:

“El Partido Demócrata Cristiano, por intermedio de su Presidente Nacional, declara:

“1º—Que, consecuente con su permanente y reiterada línea antimperialista, condena la violación del territorio checoslovaco y su invasión por tropas rusas, búlgaras, polacas y de Alemania Oriental.

“2º—Esta acción, violatoria de los más elementales derechos y de la coexistencia

pacífica, tantas veces proclamada por la Unión Soviética, no es solamente muy grave en sí misma, sino que también lo es por sus consecuencias, ya que significa retraer la situación internacional a etapas de la Guerra Fría que se creían superadas. En efecto, diversos hechos parecían indicar un debilitamiento de la política bloquista que la Democracia Cristiana siempre ha señalado como perjudicial para la Paz y el desarrollo armónico de la familia humana. La acción rusa constituye un regreso a esa política nefasta, con todas sus perniciosas consecuencias de tensiones y acentuación de la carrera armamentista;

“3º—La invasión rusa a Checoslovaquia pone de manifiesto la incapacidad de las estructuras del comunismo para crear un orden de paz y en donde haya libertad para que cada pueblo se dé el gobierno que estime más ajustado a sus legítimos intereses nacionales;

“4º—En esta hora tan grave para la Humanidad, la Democracia Cristiana, junto con hacer llegar al noble pueblo de Checoslovaquia y a su legítimo Gobierno su palabra de aliento y esperanza, reitera, una vez más, su convicción de que es sólo por la vía de una revolución que respete los derechos fundamentales de la persona humana, como el mundo podrá resolver sus problemas y no por los caminos de la violencia, endiosados por algunos y seguidos hoy por la Unión Soviética.”

He dicho.

El señor SEPULVEDA (Presidente accidental).—Ha terminado el tiempo de Su Señoría.

La señora CAMPUSANO.—¿Cuántos minutos usó de la palabra el señor Senador?

El señor SEPULVEDA (Presidente accidental).—Corresponden diez minutos a cada Comité. Al Honorable señor Fuentealba se le concedieron cinco minutos más.

El señor TEITELBOIM.—Hemos preguntado cuántos minutos habló el señor Senador.

El señor SEPULVEDA (Presidente accidental).—Diecisiete minutos, señor Senador.

Tiene la palabra el Honorable señor Maurás.

El señor MAURAS.—Señor Presidente, se dice que miles y miles de niños y niñas de Checoslovaquia llevan el nombre de Lídice, en recuerdo del pueblo mártir que fue arrasado por los verdugos cuando, en su historia jalonada de sangre y terror, se levantó airoso. El drama de los países pequeños de la Europa Central se convierte en tragedia. El pueblo checo era, tal vez, uno de los más cultos de Europa. Sus ciudades, seguramente, las más hermosas. Pasearse por esa calle maravillosa llamada Plaza de San Wenceslao, era respirar un ambiente de cultura, libertad y fraternidad. Allí, con toda certeza, las generaciones de hoy escucharon lecciones de rebeldía en contra de los verdugos de ayer: Hitler, Goering, Goebbels, Heydrich. Han comprendido que la historia sigue su curso macabro y que los verdugos cambian de nombre. Para el pueblo checo, que luchaba por la liberalización de su régimen, no cabe duda de que el nombre de aquéllos coincide con el de los dirigentes de la Unión Soviética.

Tengo la certeza de que millones y millones de ciudadanos de este Estado no participan de la acción de su Gobierno. A mi juicio, quienes triunfaron en la segunda guerra mundial fueron los conceptos, las ideas. Ganó la lucha contra el colonialismo, en pro del desarrollo económico, la lucha por la libertad. Y esto se encuentra afincado en el corazón de todos los pueblos del mundo, quienesquiera que sean sus dirigentes.

Leer la prensa comunista mundial afecta al Partido Comunista soviético, no la de los partidos comunistas que han tenido la hidalguía de levantarse frente a sus jefes de Moscú, es volver a leer los cables de guerra de Hitler de 1939, cuando decía que invadía a Polonia, Bélgica y demás naciones europeas, a petición de los pue-

blos de esos países, para defenderlos de la contrarrevolución.

¿Quién va a creer en el mundo de hoy que el Gobierno checoslovaco ha pedido la ayuda de la Rusia soviética para defenderse de la contrarrevolución? Si así fuera ¿no habrían bastado los tanques y soldados soviéticos, sin necesidad de pedir ayuda a los húngaros y a los polacos? "Vengan a ayudarnos, amigos polacos, junto a los soviéticos, para defenderme de la contrarrevolución en un país de 14 millones de habitantes".

Nadie podrá afirmar en el Senado, ni fuera de él, salvo que se quiera decir una mentira, que quienes expresan estos pensamientos con voz entera lo están haciendo en nombre de la reacción o de la oligarquía, y de todos esos otros conceptos con los cuales, muchas veces usados en forma maliciosa, se trató de engañar a los pueblos, pues la libertad no es patrimonio de ninguna clase social, sino de la humanidad.

Desde hoy, no habrá en los caminos del mundo sólo la frase "Yanquis, vuelvan a sus casas.". Habrá dos frases: "Yanquis, vuelvan a sus casas. Rusos, vuelvan a sus casas.". Este será el grito de los países en contra del imperialismo, pues en el mundo hay dos imperialismos: el soviético y el norteamericano. Hasta ahora, los pueblos latinoamericanos habían oído hablar del imperialismo norteamericano, pero hoy se sabe que hay otro imperialismo tremendo, que impone sus ideas a sangre y fuego, pero que lo hace en nombre de los pueblos amantes de la paz ¿Qué paz? La paz de los cementerios, esa paz impuesta hoy a los estudiantes checoslovacos; a los estudiantes húngaros que se reunieron el 4 de noviembre en las calles de Budapest, a los estudiantes y a las mujeres de Hungría. ¿Y mañana no será la paz que se imponga a Rumania? Esa es la paz del imperialismo soviético.

La señora CAMPUSANO.—¿La de Guatemala!

El señor CURTI.—No rezongue más Su Señoría.

El señor MAURAS.—Estoy en contra de todos los imperialismos, y espero oír de Su Señoría una voz de protesta y de crítica contra la agresión soviética en Checoslovaquia.

La señora CAMPUSANO.—¿Nunca escuché a Su Señoría hablar con tanta firmeza contra el imperialismo norteamericano!

El señor MAURAS.—¿Cómo se ha olvidado Rusia de sus adelantados partidos hermanos de algunas partes del mundo! Aquí en Chile había un extraordinario Partido Comunista.

La señora CAMPUSANO.—¿Por qué dice que "había"?

El señor MAURAS.—El pueblo tendrá que ver que son los mismos en todas partes.

Dije que había un Partido Comunista poderoso, porque era una colectividad que había tratado de interpretar —y en algunos casos logró hacer creer que los interpretó— los anhelos, los sentimientos y las necesidades nacionales.

Aquí la democracia y la libertad son útiles para llegar al Poder. Ese fue el camino que eligió el Partido Comunista chileno, recriminando a sus antiguos aliados de la violencia y del estalinismo. Pero una vez llegado al Poder, ¿qué?: lo mismo de siempre.

Digo que el grito de alborozo de la raza eslava, "nazdorovia", se convierte en un grito de metralla, de guerra y de sangre.

Desde estas bancas elevamos nuestro saludo caluroso al pueblo de Checoslovaquia y enviamos al Parlamento de ese país un abrazo fraternal.

El señor TEITELBOIM.—Hay muchas cosas que nos conmueven en estos días. Pero no nos conmueve la voz de prohombres inmaculados de nuestra democracia que alzan su voz purísima, más allá de toda mancha, a fin de hacer sentir su pe-

so moral deslumbrante y reconocido por toda la nación, en defensa de la causa de la dignidad y de la libertad humanas.

Comprendo perfectamente que en esta sala puedan alzarse las voces de muchas personas que piensan que es la hora del desquite o de quienes se dejan llevar por el clima ambiente envuelto en un profundo sentimentalismo, que a veces no deja ver la esencia de las cosas. En medio de tal atmósfera tensa, quiero decir la opinión del Partido Comunista chileno sobre este gran drama contemporáneo.

Nuestra posición es la de un Partido Comunista independiente, dirigido por su propia línea, por su Comité Central, que siente en forma viva y responsable los lazos que lo unen a todos los demás pueblos; que entiende que la lucha se libra también en un plano mundial, entre el imperialismo y el socialismo, y sabe que por debajo de todos los revuelos, crisis y enfrentamientos políticos de nuestra época subyace una línea de lucha de clases en la cual cada uno tiene su sitio. Por esta razón, deseo presentar, dentro del breve tiempo de que dispongo, la otra cara de la moneda, lo que no se ha dicho sobre estos acontecimientos, no con el afán o el prurito de poseer la verdad absoluta, sino con el deseo de contribuir a completar un cuadro, a fin de que los hombres de este Senado y la opinión pública chilena estén en situación de formarse en lo futuro un juicio más cabal y pleno sobre la materia.

En las últimas semanas, el Partido Comunista de Chile ha formulado diversas declaraciones sobre los acontecimientos checoslovacos. Manifestó que para nosotros la prosecución y el desarrollo del proceso de democratización dentro de ese país debía constituir un hecho irreversible, vinculado también a la necesidad de defender la subsistencia del socialismo en Checoslovaquia.

Saludamos con interés las conversaciones entabladas en la ciudad checoslovaca de Cierna Nad Tisou y luego en la capital de Eslovaquia, Bratislava, entre los repre-

sentantes de los distintos partidos comunistas y Gobiernos de los países socialistas. Vimos allí, con satisfacción, asomar la esperanza de que se pudiera cumplir algo que deseábamos con profunda sinceridad: que el régimen socialista checoslovaco pudiera defenderse por sí mismo, apelando a sus propias fuerzas, derrotando a quienes trataban de aprovechar el proceso de democratización para retornar al sistema capitalista. La verdad, señores Senadores, es que durante los meses transcurridos desde los acontecimientos de febrero, se organizaron en dicho país diversos círculos y fuerzas reaccionarios que luego plantearon, de modo abierto, la necesidad de derrocar a los comunistas del Poder, de restablecer el capitalismo, de reorientar, según su lenguaje, la política externa, desahuciando el Pacto de Varsovia que, como respuesta al Pacto de la OTAN, significaba la defensa colectiva de los estados socialistas. Esas fuerzas trabaron estrechos enlaces con el extranjero, ligándose a diversos centros. Aún más, sabemos que plantearon públicamente prohibir la existencia del Partido Comunista; que debía pedirse antes de terminar el mes de septiembre, el término de la reforma agraria socialista, devolviendo la tierra a los antiguos terratenientes checoslovacos, y que se llamaría a elecciones bajo el control de Inglaterra, Francia, Italia y otros países capitalistas. Se señaló la consigna de muerte al Partido Comunista. En los últimos días, pidieron liquidar las milicias obreras. Se realizaron mítines y demostraciones anticomunistas. Un grupo apedreó el local del Comité Central del Partido Comunista. En Praga se realizó una campaña anticomunista desembosada, en contra de todo lo que significara participación del Partido Comunista.

El señor MAURAS.—¿Qué tienen que ver los rusos con esto?

El señor TEITELBOIM.— Ante esa campaña de desprestigio, nosotros confiábamos en que la dirección del Partido Co-

munista estaría en situación de controlar los acontecimientos, sin poner en peligro el socialismo.

En la conferencia de Cierna Nad Tisou, según las informaciones, los distintos partidos que se reunieron con el Partido Comunista checoslovaco hicieron fe y confiaron en su dirección, en el sentido de que podría, por sí mismo, hacer frente a la situación. Por eso nosotros saludamos los acuerdos de Cierna Nad Tisou y de Bratislava, entendiendo que se continuaría el proceso de democratización interna y se defendería la existencia del socialismo. Sin embargo, la situación se deterioró seriamente. Los elementos que quisieron eliminar a Checoslovaquia del campo socialista pasaron a la ofensiva. En tales circunstancias, sectores del Partido Comunista y del Gobierno han solicitado la ayuda de los otros países socialistas.

El señor CURTI.—¡Fueron a buscar a otros!

El señor TEITELBOIM.— No es una solución que nos complazca ni nos alegre. Pero está considerada dentro del Pacto de Varsovia una defensa colectiva en estos casos.

Veo sonreír con sorna infinita a quienes saludaron con entusiasmo inmenso la invasión de Santo Domingo.

El señor AYLWIN.—No es cierto, señor Senador.

El señor TEITELBOIM.—No estoy mirando a Su Señoría. Estoy mirando a otro lado.

El señor AYLWIN.— Pero sucede que yo he sonreído.

El señor TEITELBOIM.— Su Señoría sonríe siempre.

El señor IBÁÑEZ.—Yo también he sonreído, y no he saludado la invasión de Santo Domingo.

El señor TEITELBOIM.—¿Su Señoría estuvo en desacuerdo con la invasión de Santo Domingo y la de Cuba?

El señor IBÁÑEZ.— ¿Con la invasión de Cuba? Sí. Pero no fue hecha con la pre-

cisión con que han actuado ahora los soviéticos.

El señor TEITELBOIM.—Me gustaría que el señor Senador mostrara los documentos escritos en los cuales consta su desaprobación en ese momento, porque hacerse rico o amallarse con cosas que no se dijeron en el pasado, no resulta leal.

El señor IBÁÑEZ.—¡Los norteamericanos resultan ser aprendices al lado de los rusos!

La señora CAMPUSANO.— ¡Cuidado, que las manos del Gobierno norteamericano también están metidas en Checoslovaquia!

El señor VON MÜHLENBROCK. — ¡Están dirigiendo los ejércitos checos...!

El señor CURTI.—Por control remoto.

El señor TEITELBOIM.—Por esta razón, el Partido Comunista de Chile, que estudiará en profundidad todos los antecedentes aún no completos, adopta una posición conforme a su sentido internacionalista y de clase. Además, espera que Checoslovaquia pueda continuar su proceso de democratización dentro del socialismo, como asimismo, que abandonen cuanto antes su territorio las tropas extranjeras, y que realice una existencia plena desde el punto de vista socialista, sin permitir una victoria del capitalismo.

El señor SEPULVEDA (Presidente accidental).—Ha terminado el tiempo de Su Señoría.

Si le parece a la Sala, se le prorrogará en siete minutos, a fin de que pueda disponer de igual tiempo que el concedido al Honorable señor Fuentealba.

El señor VON MÜHLENBROCK. — Sí, señor Presidente.

El señor SEPULVEDA (Presidente accidental).— Acordado, sin perjuicio del Orden del Día.

El señor TEITELBOIM.—Entiendo que si Checoslovaquia hubiera vuelto al seno del capitalismo, como se pretendía, éste, naturalmente, no habría quedado satisfecho: habría tratado de atentar contra los